

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA ANTIGUA.

SECCION PRIMERA.

PUEBLOS ANTIGUOS DE ORIENTE.

CAPITULO I.

EGIPTO.

I.—Antigüedad de la civilización egipcia.

HERODOTO, historiador griego, visitó en el siglo V antes de Jesucristo, el Egipto, ya célebre para aquella remota época entre los compatriotas del gran escritor. Diódoro y Estrabón, algunos siglos después lo estudiaron también, transmitiéndonos en sus escritos las condiciones geográficas, y las costumbres, los trajes y la religión de los habitantes de aquel país. Describen minuciosamente las inundaciones del Nilo y hasta las leyendas que privaban entre los personajes mas cultos. Pero todos estos historiadores y geógrafos conocieron la antigua civilización egipcia en plena decadencia. La expedición de los franceses á Egipto vino á marcar en la historia de este país una era nueva y á dar origen á la *arqueología*. Los sabios franceses que hicieron aquella expedición memorable contemplaron las pirámides, examinaron las tumbas, recogieron las reliquias conservadas por más de 3,000 años, desenterraron los obeliscos, los palacios y los templos de Tebas y de Menfis, y leyeron las inscripciones, descifrando los jeroglíficos.

Este último honor pertenece á Champollión, sabio francés, nacido en 1,790. Los jeroglíficos están escritos en *copto*, ó en un idioma muy parecido á éste, que era el que hablaban los egipcios en la época en que los conocieron los griegos y los romanos. El sabio, por una serie de comparaciones ingeniosas con otros idiomas, llegó á formar un alfabeto, que le permitió leer estos jeroglíficos. Otros muchos, entre ellos Mariette y Maspero, se entregaron á estos estudios, y fundaron con los objetos que extrajeron de las escavaciones practicadas en Egipto, el museo de Bulaq. Debido á los trabajos de estos arqueólogos, son tantos hoy los objetos de todas clases que se han reunido, tales como armas, telas, muebles, provisiones, etc., que es fácil formarse una idea cabal de las costumbres, organización política y social, religión y artes de aquel pueblo antiquísimo.

Desde entonces, todo lo que no estaba contenido en los relatos de Herodoto ha podido saberse, y aun mucho de lo que está contenido en ellos, ha podido ratificarse. Las estatuas, pinturas, é instrumentos que se encuentran en las tumbas, muestran la civilización de aquel pueblo, en una época en que todas las naciones después ilustres, hindúes, persas, griegos y romanos, permanecían sumidas en la barbarie. Desde esa época, 3,500 años antes de Jesucristo, los egipcios sabían cultivar la tierra, tejer telas, trabajar los metales, pintar, esculpir y escribir. Tienen un rey, gobierno bien organizado, una religión y un culto muy complicado.

Lo que muestra más claramente el grado superior de aquella civilización son las pirámides y las ruínas de *Menfis* y de *Tebas*. Las pirámides, situadas cerca de *Gizech*, á inmediaciones del *Cairo*, son tumbas de los reyes de la cuarta dinastía; la mayor, mandada edificar por *Keops*, mide 147 metros de alto y exigió el trabajo de 100,000 obreros, durante 30 años. Para elevar las piedras hasta esa altura se cree que construían calzadas de suave pendiente, que demolieron. *Menfis*, edificada por *Menés*, primer rey de Egipto, ocupaba un lugar muy próximo á la actual ciudad del *Cairo*, tanto que los habitantes de ésta empezaron, desde el siglo XIII, á coger las piedras de aquellas ruínas colosales para construir sus casas en la ciudad moderna. Las ruínas de Tebas, por el contrario, están aún patentes. Son inmensas; dos pueblos modernos, *Luqsor* y *Karnac*,

situados á media hora de distancia, están edificados en medio de esas ruínas. Ocupan doce quilómetros y se extienden por ambas márgenes del Nilo. Hay hileras de esfinges, aun intactas, y templos grandiosos que han sido reconstruídos idealmente. El mayor de estos templos debió ser el de *Ammón*, cuyo recinto presenta 2,300 metros de perímetro. Tebas fué durante 1,500 años la capital y la ciudad santa del Imperio.

II.—Gobierno y organización social.



El rey de Egipto, durante las 26 dinastías que duró el Imperio, era considerado como hijo del dios *Sol*, como la imagen de éste sobre la tierra. Los libros hebreos le llaman *Faraón*. Es dueño absoluto de los habitantes, á quienes manda según su antojo: tanto á los dignatarios y grandes señores de la corte, como á los guerreros, cultivadores, artesanos y comerciantes. Solo los sacerdotes, al adorarle como divinidad, le rodean, le vigilan, y en ocasiones llega el gran sacerdote de Ammón á tener más autoridad que el rey. El gobierno es una Teocracia.

Como en todos los imperios antiguos, el rey, los sacerdotes, los señores, los guerreros, eran los únicos propietarios; el resto de los habitantes no hacía más que trabajar para sus dueños; y como estaban sujetos á los caprichos del señor, en realidad todo el pueblo constituía un rebaño de esclavos. Los impuestos son cobrados de un modo brutal, sin compasión alguna; y el que no tiene para pagar lo que le exigen, lo atormentan hasta matarlo. Se conservan escritos, en que testigos presenciales relatan las iniquidades cometidas por los funcionarios y empleados del antiguo Imperio con los cultivadores y artesanos.

Este despotismo era tanto más fácil, cuanto que el pueblo egipcio se distinguió siempre por su carácter *suave, indolente y dócil como un niño*. No había más de educación y de gobierno que la vara. Este es el secreto, según *Máximo du Camp*, de esas colosales construcciones, cuyas ruinas asombran á los mo-

dernos visitantes. Ahora bien, como los antiguos no disponían de los medios de construcción de que disponen los hombres actualmente, claro es que sólo un régimen opresivo y despótico pudo hacer que el pueblo realizara esos trabajos ciclópeos.

Los egipcios no constituían un pueblo de marinos, ni una nación militar. Sin embargo, en tiempo de los reyes de la última dinastía, *Psamético* y *Nekao*, [656 á 526 antes de J. C.], poseyeron marina; y se dice que este último emprendió la obra del *Canal de Suez*, que al siglo XIX tocaba realizar. Los ejércitos fueron siempre muy medianos. El único rey conquistador fué *Ramsés* ó *Sesostris*, que llevó sus armas victoriosas por varios países de Asia y relató sus hazañas en el obelisco de *Luqsor* que hoy adorna la plaza de «La Concordia» en París. Pero, en general, el Egipto fué un país pacífico, que no pudo resistir á los conquistadores: á los persas [en 526 a. de J. C.], á los griegos [en 332], y á los romanos en el año de 30. Ya para entonces no existía la antigua civilización, que se extinguió lentamente durante la dominación griega.

III.—Religión de los Egipcios.



Como todos los pueblos antiguos, los egipcios eran muy religiosos. Al principio, durante las primeras dinastías, [las cuales residieron en *Menfis*.] la religión fué muy sencilla. Creían en un *dios-sol*, creador y bienhechor. «que existe desde el principio, y que todo lo sabe.» Este dios tiene una mujer y un hijo, divinos como aquél. Siempre adoraron esta *trinidad*, aunque con diferentes nombres: *Phla*, *Seket*, & *Imuthés*; *Osiris*, *Isis* y *Horo*; *Amón*, *Muth* y *Chons*. Todas sus primitivas leyendas religiosas se refieren á ellos. «*Osiris*, [el sol], fué muerto por *Set*, dios de la noche; *Isis*, su mujer [la luna], lo llora y le da sepultura; *Horo*, su hijo [el sol naciente], lo venga, destruyendo las tinieblas de la noche.» *Ammón-Ra*, divinidad del culto más complicado de *Tebas*, es representado atravesando diariamente el cielo en la

barca del tiempo; el dios, armado, se mantiene en la proa; sus enemigos huyen espantados».

Algún tiempo después, los egipcios comenzaron á representar á sus dioses bajo diversas formas: primero en la más natural, que es la humana; luego, en la de un animal. *Pha*, por ejemplo, se encarna en el *escarabajo*; *Osiris* en el *buey*, y *Horo* en el *gavilán*. Y para mayor refinamiento, idearon en seguida unir las dos formas: la humana y la irracional, con lo que constituyeron una de las mayores aberraciones á que han llegado los hombres en materia de religión. Así, á *Horo*, por ejemplo lo representaban bajo cuatro formas: la de hombre, de gavilán, de hombre con cabeza de gavilán, ó de gavilán con cabeza de hombre. Lo mismo lo hicieron con las demás divinidades, hasta que llegaron á confundir el signo con la cosa significada, é hicieron dioses de los animales, convirtiéndolos en objeto sagrado del culto. El más venerado era el buey, que representaba á *Osiris*: los sacerdotes lo cuidaban y mantenían en un templo; al morir lo embalsamaban, depositándolo luego en un sepulcro. El *Serapeum*, recientemente descubierto por Mariette, es el monumento gigantesco, formado por las tumbas del buey *Apis*, de los bueyes convertidos en divinidades por la superstición de los antiguos egipcios.

Los egipcios también veneraban á los muertos; pero, como en la religión y el culto en general, variaron las creencias respecto del destino del hombre en la vida futura. Primero creyeron que el hombre tenía un *sustituto*, un *segundo*, que continuaba viviendo en la tumba donde fué depositado el cadáver. Cada tumba es, así, un aposento, con mobiliario, comestibles, estatuas, pinturas y manuscritos. He aquí, según Lenormand, la inscripción grabada en las tumbas del antiguo imperio: «Rogamos á *Osiris* conceda alimentos, vestidos y perfumes, provisiones de todas las cosas buenas y puras de que se sirve el dios, al *Ka*, [el segundo], del difunto N.» Más adelante, los egipcios supusieron que el alma abandona el cadáver, y que va á encontrar á *Osiris* debajo de la tierra. Allí el dios la sujeta á un juicio riguroso, ante un jurado compuesto de 42 jueces; pesa sus acciones en la balanza de la verdad, y si resulta *perversa*, la condena á la tortura durante siglos, después de los cuales es aniquilada; si, por el contrario, es *buena*, el alma camina á través de los espacios,

hasta que acaba por confundirse con los dioses. La costumbre de conservar los cadáveres se deriva precisamente de esta creencia, pues que durante la prolongada peregrinación, en la que era sometida á diversas pruebas, podía el alma desear de nuevo animar el cuerpo. Por esto llenaban el cadáver de aromas, le daban un baño de salitre, lo envolvían en telas y lo depositaban en un ataúd de madera ó de yeso.

La moral derivada de la religión egipcia está contenida en el libro ó *manuscrito de los muertos*, que los deudos depositaban con el cadáver en la tumba. Véanse los principales preceptos: «No engañar á nadie; no quebrantar las leyes y costumbres; no estar ocioso; respetar y honrar los muertos, los animales sagrados y los objetos del culto; ofrecer á los dioses sacrificios, practicar las ceremonias, en suma: ser sincero, honrado y benéfico».

IV.—Artes Industriales y Bellas.

POR las pinturas, los muebles, las telas, las estatuas y los manuscritos, se puede afirmar que los egipcios fueron los primeros que practicaron las artes necesarias á un pueblo civilizado. En efecto, las pinturas que se encuentran en las tumbas de reyes ó grandes señores, muestran á los hombres trabajando la tierra, sembrando, recogiendo el cereal; rebaños de animales domésticos: bueyes, carneros, parvadas de patos y gansos; grupos de personas suntuosamente vestidas, procesiones y fiestas. Hay objetos bien trabajados, de oro, plata y bronce: joyas y armas; artefactos de vidrio, loza y esmalte; en fin, telas de lino, lana, telas transparentes y bordadas de oro. Ahora bien, estas tumbas pertenecen á tiempos muy antiguos, mucho anteriores á la conquista persa (siglo VI a. de J. C.); puesto que ya para entonces, aquella civilización estaba en plena decadencia. Se necesita remontarse á la salida de los hebreos en 1,656 a. de J. C., ó mejor á la llegada de los hijos de Israel al Egipto (2,200) para tener idea de los esplendores de un Imperio magnífico que tenía para esta época más de mil años.

Los egipcios fueron los primeros que construyeron

magníficos monumentos arquitectónicos en el mundo, monumentos gigantesco que parecen eternos. Aun se mantienen en pie las *pirámides*, testigos mudos de una civilización que existía hace más de 5,000 años: sepulcros que los orgullosos monarcas mandaron construir para perpetuar su poderío y grandeza. Miles de pirámides más pequeñas dispuestas en filas, y miles de sepulcros abiertos en las rocas, forman la vasta y suntuosa ciudad de los muertos (necrópolis), de modo que aquel país es un inmenso sepulcro.... El carácter colosal de esta arquitectura se muestra también en los palacios y en los *templos*. Muestras inequívocas de ello son en las ruinas de *Tebas* los aposentos y la enorme sala *hipóstila* de 102 metros de largo por 53 de ancho, sostenidos sus techos por 134 columnas, 12 de ellas de 20 metros de alto. Los templos se componen de un santuario en que reside el dios, y de una vasta reunión de edificios, patios y jardines, en que vivían los sacerdotes y en que depositaban sus joyas, utensilios y ropas. Todo rodeado de una muralla. Delante del monumento hay una puerta de *planos inclinados*, llamada *pilono*; á los lados, dos agujas de piedra con la punta dorada, los *obeliscos*, ó dos colosos que representan un gigante sentado. Una extensa calzada, con *esfinges* de piedra en dos filas, conduce á la puerta del templo. «Todo es en esta arquitectura corto, robusto y ancho; todo es pesado é indestructible».

Los escultores comenzaron por esculpir montañas: tal es la *esfinge*, que se halla junto á la base de la gran pirámide, la de *Keops*. Afecta toscamente la forma humana en la cabeza y el busto, estando el resto hundido en la arena. Pero la verdadera escultura nació al lado del templo. Las primeras estatuas eran muy sencillas: «admirables,» dice un autor, «llenas de vida y de verdad.» Se conservan algunas de éstas, como el *escritor sentado del Museo del Louvre*. Mas, ahogado el sentimiento artístico y restringida la libertad del escultor, poco á poco fueron perdiendo sus obras la inspiración y la gracia, convirtiéndose en amaneradas y frías. Todas las estatuas, á partir de entonces, tienen las piernas paralelas, los pies juntos, los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro inmóvil. Esto parecía más propio y noble á la religión; pero se había dejado de imitar la naturaleza, y el arte perdió sus cualidades esenciales: la belleza y la verdad.

Cuanto á la *pintura*, puede decirse que no existía entre los egipcios. Es verdad que sabían preparar colores muy firmes y vivos, pues que se conservan aún después de 5,000 años; pero desconocían la perspectiva, las sombras y los tonos, sin lo que el *arte pictórico* no puede ser. Así es que daban un colorido uniforme á las figuras situadas en un mismo plano. La *literatura*, aunque abundante, ha tenido poca influencia, á causa de estar escrita en idioma desconocido, y en jeroglíficos casi indescifrables. La mayor parte consta de himnos ó cánticos religiosos, oraciones, preceptos morales, y poemas heroicos ó relatos de viaje. En esta misma literatura están comprendidos sus escasos conocimientos en *medicina* y sus nociones prácticas de *geografía*, *geometría* y *mecánica*.

CAPITULO II. CALDEA Y ASIRIA.

I.—Origen de la civilización Asirio-Caldaica.

EN la llanura interceptada por el *Tigris* y el *Eufrates* se unieron, desde tiempos muy remotos, razas diversas de distintos orígenes: *Chamitas* procedentes del *Egipto*; *Turanios* del centro del Asia, y *Semitas* ó *siro-arabes*, que bajaron de las montañas de Armenia. Como ocupaban una fértil llanura, y eran de tiempo atrás cultivadores, pronto se civilizaron. Poco se sabe de este primitivo Imperio. Las escavaciones hechas en estos últimos años han permitido descubrir grandes ruínas, que acusan una civilización floreciente en tiempos remotísimos; pero las inscripciones son escasas, y no han sido bastantes estos documentos para constituir la historia de *Caldea*. Los asirios, que habitaban al oriente del *Tigris*, formaron un Imperio belicoso y potente, (siglo XIII a. de J. C.) que en breve tiempo se apoderó de la *Caldea* y demás reinos limítrofes.